

A Mi Hermano Edrick

Primer Premio Cuento Semana de la Lengua 2009

Por estudiante: Leslie A. Rosado Montes

Lo más difícil de la vida es que seas pasado por desapercibido; desde que te levantas en la mañana, hasta que te acuestas a dormir en la noche, es como si hubieses sido una hoja en el viento que vuela por todos lados y que nadie ha sentido curiosidad por atrapar y detenerse a leer. De eso siempre se ha tratado mi vida, de la lectura, escritura, pero sobre todo, del pensamiento. Nunca he podido expresar con palabras lo que verdaderamente siente mi corazón, qué es lo que quiero, ni tan siquiera quien soy. Tengo veintitrés años y mi familia, mis amigos, no se han dado cuenta de que también estoy aquí; no se han detenido a escuchar mi voz. Esa que viene desde lo más profundo de mí ser y que se muere por salir y gritarles a todos que por favor me escuchen. Esta ambivalencia que también me mata porque al mismo tiempo comprendo que nadie tiene culpa de esto que soy, de lo que siento y de lo que me pasa. Porque es que no los puedo culpar, nunca me van a escuchar, y aunque trate, nunca podré cambiar la realidad de que soy sordo mudo.

Yo sé que le cambié la vida a mis padres ya que cuando me detectaron a los varios meses de nacido que no podía escuchar, su vida giró radicalmente. Inclusive, sé que mi padre estuvo seis meses sin trabajar porque no pudo soportar la noticia. Tuvieron que aprender a hablar en señas, de la misma manera que mi hermano mayor; y todos los planes y expectativas que mis padres tenían como familia, se esfumaron por tratar de conseguir algún tipo de audífono que me hiciera escuchar. Todo fue nulo, ya que mi sordera se debe a un daño neurológico permanente. Siempre ellos me han dicho lo mucho que me quieren y lo especial que soy para ellos, especialmente mi hermano. Él, peleaba todos los días en el barrio en el que crecimos ya que todos se mofaban de mí. Muchas veces le vi como las lágrimas bajaban de sus ojos y yo sabía que él sufría mucho por lo injusta que era la vida con él y mucho más conmigo. Y en todos esos sacrificios reflexiono constantemente y llego a la conclusión de que si no hubiera nacido, todo sería totalmente diferente.

No es fácil cuando no te entienden las personas a las que recientemente conoces en la universidad, cuando te gusta una chica y sabes que no puedes acudir a ella por esta inseguridad, vergüenza y complejo de inferioridad que mi corazón no puede negar. Qué difícil es para mí cargar un celular en el que nunca podré hablar, viviendo de los malditos mensajes de texto que me recuerdan en cada tecla que presiono lo incapaz que soy de hacer lo que quiero. Estudio educación especial porque siempre he pensado que me gustaría ayudar a otros niños con el mismo impedimento que tengo. Pero a medida que he visto como nos discriminan, nos relajan y las personas nos miran como si fuéramos de otro mundo, no vale la pena seguir nadando contra la

corriente. Me doy cuenta que siempre mis padres me han mentado; me decían que todo iba a estar bien, que era único y especial en este mundo. Me dijeron que todo lo que me propusiera lo lograría, pero ahora me doy cuenta de que esa no es la realidad. Hace una semana que no voy a la universidad. Ya nada me motiva, ni me inspira, todo carece de sentido. Y es por eso que esta mañana me levanté antes que todos y decidí dedicarme este día. En un bulto me llevé mi cámara digital, agua, papel, un bolígrafo y una grapadora. Antes de partir, me detuve primero en el cuarto de mi hermano y le observé mientras dormía. Como siempre, babeándose todo y con el celular en el pecho, esperando a que una de sus chicas lo llamaran. Luego decidí ir al cuarto de mis padres y le toqué tres veces la puerta, señal que siempre utilizaba para decirles que me iba a algún lugar. Me monté en el carro y pensé: "James, solo conduce, éste es tu día." Y partiendo decido tomar el Expreso Luis A. Ferré de Ponce a San Juan.

Siempre tuve la costumbre de todas las noches conducir por un periodo de media hora, para meditar sobre las cosas que habían sucedido en el día, pensar en mis metas y en mi familia. Este era un pequeño periodo de mi tiempo que disfrutaba plenamente y me servía para recargar baterías de mis estudios y del estrés del día. Pero hoy es diferente, estoy conduciendo con mi mente en blanco y disfrutando de la costa, las montañas y la carretera. Sin embargo, siempre estuve consciente de que el final de este día llegaría y no quería que eso sucediera. Pagando el peaje de Juana Díaz, mi celular comienza a vibrar. Era un mensaje de texto de mi madre que decía: "¿A dónde fuiste tan temprano?" Y al leerlo pensé: "¿James, estás seguro?" Entonces seguí conduciendo y alimentándome de los primeros rayos que salieron del amanecer. Mientras conducía, pasaba toda mi vida como si fuera una película, momentos efímeros que fueron felices y también aquellos que me hicieron llorar en las noches, como cuando mi novia me dejó porque su familia no aceptaba que ella estuviera enamorada de un sordo mudo. Recuerdo sus palabras cuando me escribió en mi libreta: "James, solo necesito que me des tiempo para pensarlo todo." Yo le hice con la cabeza que no, y es que entendía por lo que ella estaba pasando. Decidí renunciar a ella a pesar de que fue la primera muchacha de la que me enamoré profundamente. Mientras pensaba en eso se me salieron algunas lágrimas.

Sabía que era inevitable poder escapar de todos estos años de sufrimiento. Llegué al peaje de Salinas, no sé cómo. Parecía como si el carro hubiese estado en piloto automático mientras pensaba en esta película del pasado. Subiendo las cuestas de Cayey decido pararme en el área de descanso y observar la costa desde lo alto. Disfrutaba de una cálida mañana y los diferentes verdes de las montañas. ¡Qué lindo fue ver a lo lejos la isla de Caja de Muertos! Me hizo recordar a mi hermano mayor, Edrick, quien practicaba natación. Recuerdo hace dos años cuando fuimos a los Juegos Centroamericanos y del Caribe celebrados en Venezuela, en donde obtuvo tres medallas de oro. Nunca se me olvida que mientras le hablaba a la prensa también lo hacía en señas. Edrick dijo: "Le dedico mis medallas a mi hermano James, al que amo con todo mi corazón". Estuve pensando en todos los momentos que pasamos juntos jugando de niños, corriendo por la casa dándonos con almohadas y peleando por quien dormía en la cama de arriba de la cama litera. Édrick, es la persona más importante en mi vida, mi héroe. El tiempo se me fue volando y cuando me doy cuenta ya era el medio día. Decido tomar nuevamente las riendas de la

carretera y detenerme en Guavate a comer. Como siempre, al ordenar mi plato, tuve que escribirlo en una servilleta ya que la muchacha que me atendió no me entendía. Ella se sonrojó mucho y leí sus labios cuando me dijo: "Discúlpame, no sabía". Estuve comiendo aproximadamente como por una hora y nuevamente venían pensamientos del pasado. Recordaba los Días de Acción de Gracias y la Navidad cuando toda la familia se reunía y comíamos todos juntos en la mesa. Mis padres y mi hermano, me interpretaban todo lo que mi familia me quería decir. Aparte de ellos nadie más sabía hablar en señas y sentía que todo el momento giraba alrededor mío. No disfrutaba de la fiesta y solo quería salir corriendo.

Como a eso de las dos de la tarde comienzo a conducir de nuevo. Sabía que ya no me quedaba mucho, San Juan ya estaba muy cerca. El panorama cambió totalmente, de lo verde a lo gris; aquí todo es urbano, edificio tras edificio y esto era lo que necesitaba. No conocía mucho del área metropolitana y solamente buscaba algún edificio alto al cual pudiera subirme y ver todo desde lo alto. Sabía que me encontraba en la capital pero desconocía específicamente en dónde me encontraba. Nuevamente empieza a vibrar el celular y esta vez era Edrick que escribía: "Hermano, no te vi en la universidad. Mami me llamó y me dijo que saliste de madrugada, estamos preocupados por ti. Te amo". Leí el mensaje unas tres veces y pensé en el dolor que le ocasiono a mi familia y entonces decidí apagar el celular. Dejando nuevamente de conducir en piloto automático veo un hotel de estilo español en el Viejo San Juan y era exactamente lo que estaba buscando para apreciar el panorama y ver el atardecer.

Al entrar a la recepción, fui a donde el recepcionista y le hice saber que era sordo mudo. Entonces le escribí: "Soy de Ponce y vine hasta acá porque necesito tomar unas fotografías de San Juan y este hotel es perfecto para eso. Le doy \$50.00 para que me deje tomar las fotos." Entonces el recepcionista se quedó pensando unos segundos antes de finalmente acceder. Me acompañó en el elevador hasta dejarme en la cima del edificio en donde el paisaje era majestuoso. Se veía el Castillo del Morro, diferentes tipos de embarcaciones y el Océano Atlántico. Inmediatamente saqué mi cámara y tomé fotografías de todo ese escenario mientras la brisa fresca me acariciaba la cara; como cuando mi madre me dormía en su falda cuando estaba triste y lloraba. Cerré los ojos un rato y extendí mis brazos pensando en que estaba volando alto, lejos de todo. Estuve así aproximadamente media hora hasta que decidí sentarme a la orilla del techo de terrazo del hotel. Me senté a ver el atardecer mientras seguía escribiendo estas líneas que graparé a mi camisa. Me levanté de nuevo y me lancé con la caída del último rayo del sol...

Edrick, dile a mami a papi que me perdonen por este dolor.

James

